

EMILIA CONTRA LA MONTAÑA BASURA

JUAN CALAMARES



**Mascota
Protegida**

SUBDERE • Gobierno de Chile

**FUNDACIÓN
ADOPTA**

EMILIA CONTRA LA MONTAÑA BASURA

Primera Edición

Julio 2021, Juan Calamares

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS ©

Ilustraciones



Alberto Lemus



Corrección de estilo

Eglé Vera Cardozo

Diagramación

Sofía Garrido Parra

  @emiliadesaparece

  @santuariuemilia

www.fundacionadopta.cl

FINANCIADO POR



**Mascota
Protegida**
SUBSECRE • Gobierno de Chile

Este verano nos fuimos de vacaciones al campo. A mí me encanta el aire libre, pues allí puedo escuchar los sonidos de la naturaleza e imaginar aventuras divertidas. A mi hermano Emilio también le gusta el campo, pues allí puede jugar en el lago y eso le fascina.

Mi humana detuvo su destartalado vehículo y esa fue la señal de que habíamos llegado a destino.

—¡Lago, lago, lago! —dijo Emilio.

Aquello significaba que debíamos ir al lago. Recogí mi canasto para recolectar fruta; Emilio se colocó su snorkel y nos pusimos en marcha.

Yo caminaba cuidadosamente, percibiendo los sonidos y aromas que me rodeaban. Emilio, en cambio, corría locamente, aplastando las pobres hojas secas del camino.

Al llegar al lago, agucé mis orejas para disfrutar del rumor de sus aguas. En lugar de eso, lo que oí fue un curioso burbujeo.

—Emilio, ¿a qué crees que se deba...?

—Clavado, clavado, clavado —maulló Emilio.

Pasó por mi lado como un bólido y se arrojó un clavado al lago.

—Pegajoso —maulló después de caer—, ¡sálvame, Emi!

Descendí por la orilla del lago, le ofrecí mi mano y advertí que la pata de Emilio estaba resbalosa y pegajosa.

—Vamos, Emilio, a la una, a las dos y a las ¡tres!
Jalé con fuerza y Emilio salió disparado como un cohete.

—Qué bueno que saliste. ¿Estás bien?

—Sí, solo huelo un poco a huevo.

—¿Por qué hueles tan feo?

—Porque ahora el lago huele feo.

Introduje una rama en el lago y comprobé que ya no era líquido, sino pantanoso.

—Emilio, ¿qué está pasando?

—¡Algo terrible!

Aquella voz provenía del cielo. Levanté la cabeza y pregunté:

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es don Búho. ¿No les parece terrible lo que ven?

Emilio se limpió las cáscaras de plátano que tenía enredadas en su snorkel y dijo:

—Nosotros no vemos.

—No vemos con los ojos —dije yo—, pero sí con los demás sentidos.

—Comprendo —dijo don Búho—. ¡Sígueme...!

Don Búho echó a volar sobre el lago y nosotros corrimos bajo su sombra. Ya habíamos recorrido unos cincuenta pasos cuando chocamos contra una pared y caímos con las patas para arriba.

—Han llegado a la montaña —dijo don Búho.

—Gracias por avisar —respondió Emilio.

—Oiga —dije—, el año pasado no había ninguna montaña en este sitio. Y una montaña no crece de un año para otro.

—Es que esta no es una montaña normal —dijo don Búho—, ¡es la Montaña basura!

¡La Montaña basura! Se me subió una bola de pelos por la garganta y no supe qué decir. Don Búho aterrizó junto a nosotros.

—A comienzos del verano llegaron turistas, cientos, miles de ellos. Armaron sus tiendas, abrieron sus envases de comida, hicieron sus asados, se divertieron de lo lindo. Y cada vez que se deshacían de algún envase plástico o de vidrio o de papel, simplemente lo tiraban por ahí. Pasaron los días y toda esa basura comenzó a acumularse y al término del verano se convirtió en una montaña, en la Montaña basura.

Don Búho suspiró profundamente.

—No se ponga triste —dijo Emilio—, yo tengo la solución.

—¿En serio?

—No. Lo dije para que se sintiera feliz. ¿Se sintió feliz, don Búho? ¿Un poquito?

—Bueno, sí, un poquito. Pero no hay razón para estar feliz. La montaña crece cada día, extendiendo sus brazos hacia todos los rincones del bosque. Ya contaminó el lago. Hará lo mismo con el río y con todo lo que lo rodea.

—No si puedo evitarlo.

Abrí mi canasto para recoger fruta. Ahí guardaba mi capa de SuperEmilia.

—Don Búho —dije—, mire para otro lado.

Don Búho giró su cabeza en ciento ochenta grados y mientras me daba la espalda me puse mi capa, pues no podía revelar mi identidad secreta. Ahora

que tenía los poderes de SuperEmilia podía combatir a la Montaña basura.

—¡SuperEmilia al rescate! —maullé.

—Hola, Emilia —dijo don Búho.

—No soy Emilia, soy SuperEmilia.

—No —insistió don Búho—, eres Emilia: Emilia con una capa.

—Emilio —suspiré—, dile a don Búho quién soy.

—Eres SuperEmilia, Emilia; digo, eres SuperEmilia, gatita que no es Emilia. ¿Lo dije bien, Emi?

Conté hasta diez para no ponerme a llorar.

—No, Emilio, no lo dijiste bien. Sea como sea, yo tengo la solución. Don Búho, necesito que convoque a todos los animales del bosque.

—Perfecto. Tardaré un poco, pero volveré con ellos. Solo una consulta.

—Dígame.



—¿Deseas que te llame Emilia o SuperEmilia?

—Dígame como quiera —suspiré.

—Estupendo, Emilia. Vuelvo pronto.

Don Búho desplegó sus alas y echó a volar.

—Suerte, don Búho —maulló Emilio.

Mi hermano se dejó caer de cola y golpeó el piso con sus talones.

—¿Qué haces?

—Golpeo el suelo para que se derrumbe la Montaña basura.

—¿Y si se derrumba sobre ti?

—Entonces no lo hago más.

Mientras esperábamos a los animales del bosque, Emilio y yo fabricamos tres contenedores con ramas. No podíamos verlos, pero al tacto se sentían resistentes y eso era lo importante. Pronto regresó don Búho.

—Saludos —exclamó.

Estaba en lo alto de la Montaña basura, agitando sus grandes alas. Tras él había cientos de animales: conejos, ratones, zorros y pájaros.

—Muy bien —dijo don Búho—, hice lo que me solicitaste. Ahora dime cómo combatir a la Montaña basura.

—Con reciclaje —respondí.

—¿Con *recicl...*? —se extrañó don Búho.

—¡Reci-CLAJE! —dijo Emilio—. ¿Qué es reciclaje?

—Es un proceso que convierte residuos y basura en nuevos productos que pueden volver a utilizarse.

—No entiendo —dijo don Búho.

Sumergí las patas en la Montaña basura hasta encontrar dos botellas plásticas y un trozo de cordel. Entonces até las botellas a la espalda de Emilio.

—¿Qué es eso? —dijo el jefe de los zorros.

—Un acto de reciclaje.

—No entiendo.

—Es fácil. En la Montaña basura encontré botellas plásticas, o sea, desperdicios, pero usando mi imaginación las transformé en tanques de oxígeno con los que Emilio puede bucear.

—Sí, porque ya tengo mi snorkel.

Los animales se reunieron a discutir en la cima de la Montaña basura. Minutos después, el jefe zorro dijo:

—Tu hermano es muy pequeño. No podemos atarle todas las botellas plásticas de la Montaña basura en su espalda. Solo dos, tres, como mucho.

—Pero el reciclaje no solo consiste en amarrar botellas a Emilio —dijo—. Preste atención: mi hermano y yo fabricamos tres contenedores que debemos llenar con distintos materiales: plástico, papel y vidrio.

—¿Y así eliminaremos a la Montaña basura? —dijo don Búho.

—Por supuesto.

Los animales del



bosque se pusieron patas a la obra. Los que caminaban en cuatro patas recolectaron el plástico; los que reptaban, el vidrio, y los que volaban, el papel. ¿Y saben qué ocurrió? Que nuestros contenedores se llenaron y la Montaña basura desapareció.

—Estupendo —dijo don Búho—, ahora, a casa.

—No tan pronto, don Búho. Esto es solo una parte del reciclaje. Ahora debemos darles una nueva utilidad a los desechos.

—¿Y cómo? —dijo don Búho.

—Con la imaginación —respondió Emilio.

—Pero es que yo no tengo imaginación —dijo Papá Ratón—. Solo soy un ratón.

—Los ratones también tienen imaginación —dijo Emilio.

—No, yo no.

—Bueno, pero ¿qué necesita?

—Una bodega para guardar toda la comida que le robo a los veraneantes.

—¡Pues a construir esa bodega! —exclamó Emilio.

—¿Y puede tener forma de queso?

—dijo Papá Ratón.

—Puede tener la forma que usted imagine —dije yo.

Todos los animales ayudaron a Papá Ratón a construir su bodega en forma de queso y cuando estuvo lista, el ratón se puso a llorar.



—No llore —le dijo Emilio—, ¿se emocionó porque todos lo ayudaron a fabricar su bodega de queso?

—No, me emocioné porque después de llenar mi bodega con comida no tendré que trabajar nunca más. Soy feliz.

—No sea flojito —dijo Emilio—, ahora debe ayudar a los demás animales a construir sus propias bodegas.

—Qué pena —se lamentó Papá Ratón.

—¿Solo pueden ser bodegas? —consultó el jefe de los zorros—. Porque lo que yo necesito es una casa a prueba de cazadores.

—Y yo una madriguera a prueba de cazadores —dijo el señor Conejo.

Todos los animales tenían sus propios proyectos: bodegas, casas, puentes y hasta represas. Así que trabajamos en equipo, poniendo tanto empeño que al final del día estuvo todo listo.

—Muchas gracias, Emilia —dijo don Búho, planeando por sobre nuestras cabezas—. Has logrado algo maravilloso: convertir la basura en materiales útiles.

—Se llama reciclaje —dijo Emilio—, ¡reciclaje!

—Nunca lo olvidaré.

Papá Ratón estaba tan contento con su queso-bodega que extendió sus bracitos para darnos un abrazo, pero entonces ocurrió algo terrible. Los residuos orgánicos de la Montaña Basura, es decir, los restos de fruta y comida, burbujearon como una gran espuma y crecieron hasta transformarse en un Monstruo Basura, que raptó a Papá Ratón.

—Emilio —maullé—, dame tu equipo de buceo. Mi hermano me entregó sus tanques de oxígeno de botellas y su snorkel. Una vez que estuve equipada con esos elementos, junté las palmas de mis manos sobre mi cabeza y me zambullí en el Monstruo Basura.

Gracias a los tanques de oxígeno de botellas recicladas logré introducirme en las profundidades del oloroso monstruo y poco después encontré a Papá Ratón. El pobre había estado tanto tiempo sumergido en la basura que se estaba ahogando, así que le entregué mis tanques de oxígeno de botellas y tomándolo de la cola, bucéé hacia el exterior.

—Ya estamos a salvo, Papá Ratón —maullé una vez fuera.

De repente, escuché a Emilio correr a toda prisa junto a los animales y pájaros del bosque sacudiendo sus patas de cachorro. Cuando pasó por mi lado le pregunté:

—¿Adónde vas,
Emilio?



—¡A compostar, a compostar!

Emilio y el resto de los animales del bosque se treparon a la espalda del Monstruo Basura y con ramas revolvieron todos los desperdicios de los que estaba compuesto. Cuando el monstruo estuvo bien revuelto, los pájaros le arrojaron semillas y estas brotaron inmediatamente, pues gracias a Emilio y los demás, el monstruo se había transformado en compost, un material que se obtiene a partir de la materia orgánica y que fertiliza la tierra.

—Qué lindo —dije—, pero todavía falta algo muy importante.

Amarré mi supercapa a un árbol y comencé a tirar de uno de sus hilos hasta deshacerla casi completamente.

—¡¿Qué hiciste?! —maulló Emilio, saltando con las patas en la cabeza.

—Todo es parte de un plan, no te asustes.



Le expliqué mi plan a los pájaros y fue así que, con los hilos de mi capa, mis amigos alados tejieron una gran red con la que sacaron toda la basura del lago, desperdicios que se reciclaron. Las aguas habían vuelto a ser cristalinas.

—¡Wui! —maulló Emilio.

Cortó un trocito de mi capa y me la regaló.

—Si plantas este trozo de capa, crecerá hasta convertirse en una capa de verdad.

Sonreí y le di un beso de nariz.

—Ven acá, SuperEmilia.

Era don Búho, que me estrechó cariñosamente entre sus alas.

—¿Me llamó SuperEmilia?

—Ah, este, perdón —susurró don Búho—, no te preocupes, no revelaré tu identidad secreta.

Escuché el sonido de don Búho guiñándome un ojo. ¿Saben cómo suena ese gesto? Así: «¡tin!».

Don Búho se elevó medio metro por encima del suelo, graznó con alegría y exclamó:

—¿Cómo puedo agradecerles haber salvado al bosque?

—Enseñando a todo el mundo sobre el reciclaje.

—Así se hará.

—Genial —maullé.

—¡Amigos! —gritó Papá Ratón.

El pequeño comequeso estaba muy angustiado y arrastraba a duras penas un objeto que lo quintuplicaba en tamaño. Era mi canasto para recoger frutas.

—Amigos —dijo Papá Ratón—, a qué no adivinan qué pasó.

—No, no adivinamos —dijo Emilio.

El ratón destapó mi canasto. ¿Y saben lo que había en su interior? Les aseguro que se sorprenderán al descubrirlo. Dentro de mi canasto había tres gatitos recién nacidos que habían sido abandonados.

—Esto es terrible. ¿Dónde encontraremos una familia responsable que los adopte? —dijo Papá Ratón.

Me ajusté lo que quedaba de mi capa y dije:

—No se preocupe, Papá Ratón.

—¿Por qué, por qué, si esto es terrible?

—Porque este es un trabajo para SuperEmilia.

—Y su ayudante, SuperEmilio —dijo Emilio ajustándose su snorkel.

Nosotros ya sabíamos qué hacer.

Fin

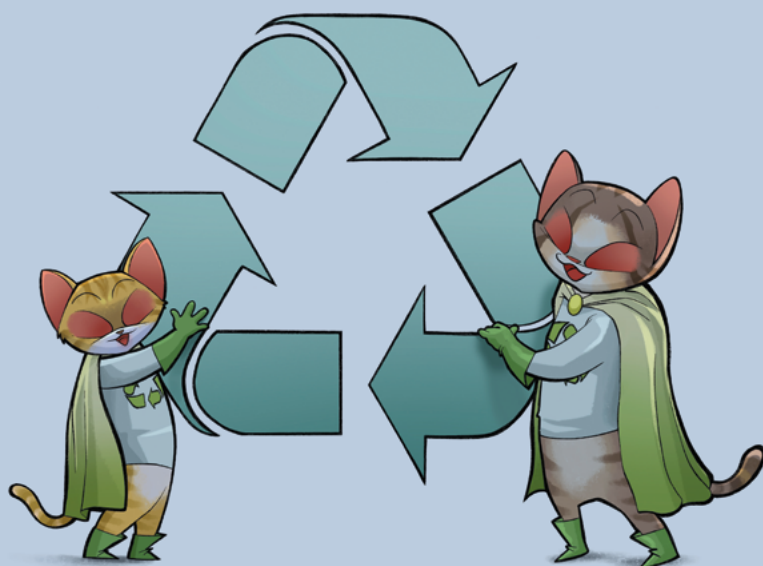




CUIDEMOS EL PLANETA

Emilia tiene una nueva misión: evitar que una gigantesca montaña hecha de basura se apodere del bosque. Para concretar su tarea, aplicará todos sus conocimientos sobre sustentabilidad y, de paso, enseñará a los animales silvestres a aplicar las técnicas del reciclaje y de la imaginación...

Acompaña a Emilia y Emilio en esta nueva y entretenida aventura que nos enseña a cuidar el planeta.



FUNDACIÓN
ADOPTA